

# EL BOTAFUEGO.

Num. 3.)

SABADO 18 DE OCTUBRE DE 1828

(Tom. 1.º)

Cuando acometen los libres, la victoria les precede; y se abaten los tiranos.  
E. EDIC.

## EJERCITO DEL NORTE.

—o—

Estamos resueltos á no decir nada que pueda reputarse elogio suyo: porque no se crea que aspiramos á imitar en su despreciable manía, á esos escritores asalariados, que se empeñan en pintar las fuerzas formidables de los suyos, cuando se hallan confundidos en su misma debilidad--su entusiasmo grande, cuando hasta carecen de opinion,— y su esplendorosa brillantéz cuando se encuentran mas desnudos. Queremos ser en todo tiempo responsables de nuestros asertos; y estamos decididos á huir toda rastrera via por donde marcha la vil y descarada adulacion: por esto ni traicionaremos nunca á la verdad, ni nos abatiremos á tributarle incienso al profano que no merezca mas que nuestra execracion ó nuestro desprecio. No obstante aquel propósito no podemos dejar de asegurar, que S. E. el Presidente de la República al tiempo de ponerse á la cabeza de los bravos del Norte, quedò admirado al ver los adelantamientos que la juventud peruana, de que está formada esta lucida oficialidad, habia adquirido en todos los ramos que constituyen un buen soldado: despues de ser perfectamente instruido de los derechos de la patria, que son lo que está dispuesto á defender. A la verdad que, su tactica, su moral, y demas conocimientos militares, pueden imponer un respeto profundo á los concedores de la mas exacta disciplina, y del arte difícil de la guerra: así como tambien sus decentes maneras, y varonil compostura inspiran á todo el mundo una total confianza. Cuando S. E. vió por sí mismo la armonia interior que reina en los cuerpos de este Ejército, notó la consonancia de sus sentimientos patrios, y advirtió la unisona adversion que le profesan á los tiranos y á la tirania, no pudo menos que repetir, que tantos ilustres peruanos, amantes ciegos de su li-

bertad, no son los hombres que pospongan ya por nada sus sagrados intereses, ni transijan en ningun tiempo con la ambicion ni el despotismo, á que solo induce la ignorancia, el temor, ó las infames aspiraciones. Ya dijimos en el número anterior en que términos habló S. E. á sus resueltas y obedientes tropas. Hoy, pues, tenemos el placer de insertar la arenga que pronunció ante S. E. El Sr. General de Division D. Mariano Necochea, al tiempo de resignar en sus manos, el mando que ha obtenido en ellas.

### EXCMO. SR.

Los jefes y oficiales del Ejército, tenemos el honor de presentar á V. E. nuestros respetos, y el de cumplimentarle por su feliz arribo. La presencia de V. E. en el Ejército, nos es tanto mas grata, quanto que ella nos anuncia haber llegado el momento de marchar, y pedir razon de tanto ultraje, al círculo de viles mercenarios que apoya las infames pretenciones del Libertador de Colombia. Esta satisfaccion será completa, si al revistar el Ejército V. E. encuentra que su disciplina está en razon del empeño y contraccion con que cada uno ha trabajado por adelantarlos. Interio V. E. adquiere datos suficientes para formar juicio, y puedo asegurarle que en cada gefe, en cada oficial, y hasta en el último soldado del Ejército del Norte, hallará V. E. un hombre decidido, y lleno de entusiasmo para quien los peligros nada son, y las fatigas menos cuando se trata da mantener ilesos el honor y libertades peruanas.

—o—

### APUNTES PARA EL TELESCOPIO NUMERO QUINTO.

En los dias tenebrosos del mando del general Bolivar en el Perú, cuyas bases insubsistentes se variaban sin cesar, así como se varian las piezas que no dicen bien con la máquina de un

relox desconcertado; nadie contaba con seguridad en la permanencia de su empleo. Todo era entonces precario: todo estaba proximo á una improvisa mutacion. Se arrancaban del seno de sus familias á los padres, esposos, hijos, y hermanos solamente por ser acusados de opuestos al absolutismo, y al punto se les substituia en sus destinos á hombres vendidos al espantoso sistema. Ni aun estos podian en seguida vivir quietos ni tranquilos: su facil y repentina promocion estaba en razon directa del modo como influian los sucesos. En los dias subsecuentes, que han corrido bajo la aura feliz del hombre de bien, del general La-Mar, buscado á la distancia para gobernarlos, todo ha existido y existe en su propio estado y ser. Ni aun aquellos á los que el general Bolivar reveló un tiempo como de su devocion, fueron ni serán arrancados de sus empleos; ni aun perturbados en sus pacíficos hogares. Bien que la reina del universo—la opinion pública—pronunciada en favor de S. E. el lejítimo Presidente de la República; y el sagaz desprendimiento de este, y todas sus demas virtudes sociales, han ahuyentado siempre de su alrededor á los negros sobresaltos; y de su noble corazon las terribles convulsiones en que viven sin descanso los caligulas y los nerones del siglo 19. Esa ansia tan devoradora como mortífera de poseer el mando absoluto de los pueblos, no la conocen aquellos hombres, que cuentan como el general La-Mar, satisfechos con la confianza que aquellos tienen depositada en él; y como sus miras y su principal ambicion no son otras que corresponder con fidelidad á esa sagrada confianza, no se ve jamás obscurecido el período de su gobierno, por el turbillon de los amañados que preparan velozmente el camino de las injusticias. Todas las naciones de este mundo no quieren mas que existir rejidas por sus leyes justas y fundamentales, y de todo aquel que una vez atente á hollar estas, como el general Bolivar, siempre desconfiarán aquellas, y si porfia en continuar mandando, acabará por ser detestado de las naciones, y al fin, él será la victima necesariamente elejida para ser sacrificada al ídolo adorable de la paz. Cuando se manifiesta el descontento en la gran mayoría de una nacion, dice un sabio político de nuestros dias, cuando esta ha llegado á conocer las causas que la producen, la destruccion de su gobierno solo pende de una ocasion favorable. ¿Y quien duda ya que el viejo y

nuevo mundo estan pasmados de la atroz conducta del general Bolivar, y que el segundo esta alarmado en su defenza contra sus proyectadas agresiones? Estos indestructibles principios, y la antigua manifiesta honradez del general La-Mar nos animan á menospreciar las hipocritas alabanzas que los inicuos dan al uno, y á publicar la diferencia que distinguimos en el otro. ¿Quien podrá quejarse, pues, del menor mal experimentado en su persona ó en sus intereses, no digamos en esta, en alguna de las otras épocas en que han estado las riendas del gobierno depositadas en las manos del general La-Mar? Mas ya escuchamos á los escritores de Guayaquil, tan esclavos del general Bolivar, siendo absoluto, como enemigos del general La-Mar, en cuanto á Republicano sin ejemplo. Ya los escuchamos, decíamos, que nos gritan, no tanto: no faltan ejemplos que contradicen y destruyen los asertos del Botafuego. No tenemos embarazo alguno para contestarles. Si la precipitacion de un magistrado, digno del primer empleo de la República, por sus luces y talentos, le granjeó la cjeriza de los pueblos, por quienes fué acusado, comprobadas documentalmente sus necias prematuras aspiraciones, se le separó de entre nosotros, dandole la investidura de un personaje, y sin el menor perjuicio de su numerosa familia. Este ha sido, y no otro, el modo mas prudente y mas legal de conciliar la tranquilidad de la República, con la conservacion de un ciudadano extraviado y loco; que vuelto al camino de la razon, puede ser algun dia mucho mas útil á la Patria. ¿Preguntamos, á hora, una igual deportacion, quien la vió nunca puesta en ejercicio en el gobierno del general Bolivar? ¡Ah! Gemir á la humanidad inermemente en negros y profundos calabozos—por sospechas engendradas al propósito—proscribir á los leales servidores de la mas justa de las causas—sentar en los patibulos á los peruanos inocentes—cuya sangre preciosa, vertida por el monstruo del absolutismo, clama sin cesar por su venganza al cielo y á la tierra. Esto vimos, y esto vieramos si la parte escojida y numerosa de la gran familia colombiana, no hubiera quedado con fuerzas suficientes, para oponerse al torrente de los males que está dejando caer sobre ella la ambicion entronizada. Y esto tambien veriamos, si una República populosa, rica, ilustrada y libre, no estuviera ya en aptitud de hacer valer su poderio y su grandeza.

Desde que por las instigaciones de los enemigos de nuestra libertad, hemos tenido que reunir una gran parte de nuestra fuerza, y que ponernos en la aptitud imponente y defensiva en que nos hallamos; nada atormenta tanto á nuestros corazones demasiados sensibles, como la idea triste de lo que padecen los departamentos del Sud de Colombia, en su estado de violencia, opresion, y cautiverio. Hacian tiempos que los hombres, dotados de un verdadero juicio, miraban ya como inútiles cuantas medidas de dominacion dictaba en el Perú el obcecado despotismo: por que desde antes de la pugna contra el yugo de la Iberia, se empezaron á sentir entre nosotros, para en casos semejantes, los síntomas de una siempre préedispuesta reaccion. Si entonces cayò por tierra el idolo de la monarquia española, al esfueszo del odio americano, quedò tambien ardiendo en el Perú, con una fuerza cada vez mas viva, esa antorcha inextinguible que la libertad enciende; y ahora dictan, la razon y la justicia, que empiece á obrar de nuevo, contra el renaciente despotismo, esa misma indispensable reaccion—y que cunda por todas partes—y que sean sus progresos tan rápidos como espantosos. Mas los pueblos indefensos que abrazando la opinion mas justa, no pueden oponer una resistencia igual al impulso feróz que los domina; tienen que sufrir por un período mucho mas dilatado, que aquellos á quienes la naturaleza, su numero, y estencion conceden el poder de rechazar la fuerza con la fuerza. Nada otra cosa resta que hacer á los esclavizados departamentos de Colombia que procurar unirse á los defensores de las libertades patrias. Estamos ya tocando amigablemente á sus muralladas puertas, sin querer romperlas; por que esperamos solo la hora en que ellas se abran por la voluntad de los guardados. Protejer la causa santa de los libres, y auxiliar en toda linea a sus hermanos; estos son los nobles sentimientos que preponderan en el espíritu de las huestes entuciastas del Perú. Quieran pues unirse á ellas los que todavia tributan, aunque ocultos y en silencio, sus homenajes á la patria: los que no han perdido enteramente ese valor enérgico, sublime, que inspira el conocimiento profundo de los derechos de la libertad: los que anhelan á no ver perdido para siempre el merito de haberse sacrificado por ella mucho tiempo: los que tienen hijos que querer, padres que respetar, esposas y

demas dulces objetos, que han entrado ya en los cálculos de la tirania; para que mueran uncidos a su tremebundo carro. Nada mas útil en las presentes circunstancias que adoptar un medio de orden publico contrario a los designios de la ambicion: mucho mas cuando se cuenta con seguridad en el apoyo fuerte é indestructible de unas tropas, que partiendo del principio santo que impone la conservacion ilesea de las instituciones liberales, a nada otra cosa dirijen sus esfuerzos, que a verlas restablecidas, y á hacerlas duraderas entre sus hermanas y vecinas. Digan pues lo que quieran los apolojistas del absolutismo. ¿Podrá darse situacion mas funesta ni mas embarazosa que aquella en que se encuentran los departamentos de Quito y Guayaquil? Si el primero, nunca escarmentado con los castigos de todo genero que sufría por la gobernacion española, cuando logró pronunciarse independiente de ella, tenia promovidas por sí solo mas de quince sublevaciones; y el que jamas pudo conformarse con los principios de su temeraria conquista, ni sobrellevar gustoso el peso de la tirania, libre é independiente ya ¿habia de querer tornar á otra nueva y mas vilipendiosa servidumbre? Guayaquil, rico, opulento, y amante declarado del Perú, cuando deseaba consolidar sus lazos de alianza y fraternidad, ¿no fué sorprendido en una noche, atacado en la mas angustia de sus leyes y sus regalías, y atado al yugo, algo disimulado entonces, del despota que le asediò por todas partes para esclavizarlo al fin? ¿Y querrá permanecer en ese estado de servilidad inaudita, privado de su riqueza, sin amistad, sin relaciones con nadie, estropeado, saqueado, y sirviendo alternativamente de teatro; para que se representen en él los dramas ya ridiculos, ya espantosos que forjan los caprichos de la ambicion y tirania? ¿Y que no habrá para esos oprimidos pueblos un dia en el que siquiera asome una risueña esperanza? ¡Ah! Demasiado injustos deberiamos de ser si los reputamos tan imbeciles, que no estuvieran, como estan, heridos y abrazados, clamando desde el fondo de sus corazones por la indemnizacion de tantos ultrajes repetidos. ¿Como puede presumirse, que se mantengan por mucho mas tiempo en el doloroso estado, en que se encuentran? ¿Como puede prevalecer la injusticia de un corto numero de asesinos, amparados del prestijso de un ídolo, que no existe, ni en nuestro concepto, ni en el de las naciones cultas de la Europa; porque se declaró

ambicioso de un poder ilimitado y de por vidas?

Hablando sobre esta misma materia, un profundo escritor de la Europa, despues de aducir muchas vigorosas razones, que es imposible, dice, concebir el que en las Repúblicas del nuevo mundo se encuentren cuatro hombres que esten de acuerdo en la eleccion de un tirano para titularle Presidente Vitalicio. En la hipotesis, continúa, que la América fuera tan ignorante que desconociera todo cuanto ella vale por si sola. ¿Como puede someterse al yugo vergonzoso que se le prepara por Bolivar? ¿Que multitud de guerras continuadas no resultaria de esta eleccion tan espantosa? ¿Y que medio le quedaria para evitarlas? Ninguno: despues de haber vertido un oceano de sangre. Estos son los sentimientos que han penetrado en el seno de la Europa; y esta la previcion que ha obligado en muchos lugares de ella á descolgar los bustos del general Bolivar de las paredes donde estaban guarnecidos, para aherrojarlos junto á las tumbas de Napoleon, Cristoval, é Iturbide. En suma, ya hemos dicho en otro periódico, que estuvo á nuestro cargo, que esta es la era en el que solo las libertades triunfan; y que ya ha desaparecido el tiempo en el que se eternizaban los tiranos, alucinando á los pueblos con solo repetirles con frecuencia las palabras de libertad y leyes. ¿Y quien puede atreverse á contradecir estas sencillas verdades? Ahora mismo acabamos de consumir la obra mas grandiosa que se ha visto, desde la existencia de nuestra situacion politica, en todo el vasto continente americano. Bolivia, la hija predilecta del libertador de Colombia, como por un encanto ha salido de la obscura noche de la esclavitud, en que yacia oprimida, al dia resplandeciente y venturoso de una libertad racional y estable. Ya en vez del ruido sordo de los dorados fierros que arrastraban sus moradores, no se escucha mas que los cánticos armoniosos consagrados á su absoluta independencia. ¿Y de cuales medios preguntamos ahora se valió Bolivia para su feliz regeneracion, y para quedar señora de simisma, evitando al mismo tiempo ese oceano de sangre que revelan en la Europa como inevitable en semejantes crisis? A nosotros no cumple la precision de referirlos; pero no podemos dejar de decir que todo ha sido el efec-

to de un impulso de su voluntad, segundado por los auxilios del Perú; que se prodigaron de una manera heroyca, por su amor, fraternidad, constancia, y publico desinteres. Bolivia, es cierto, no quiso por mas tiempo permanecer rejida por los zarpas de Macedonia. Bolivia se levanta en masa, y aunque inferior en fuerzas choca abiertamente con las tropas auxiliares; y cuando el jefe de estas, ó mas bien el opresor de Bolivia, busca en ellas un asilo, solo encuentra el sivido de las balas, que por todas partes se dirijen á limpiar la tierra de los incas de los secuases de la tirania. Al no dejar el puesto, el general Sucre, no hubiera perdido un brazo solamente, sino que su vida abominable hubiera sido el primero, aunque no el mas glorioso triunfo consagrado al primer dia de la libertad de Bolivia. Este perdida, unida á la catastrofe de su Constitucion el 26 de Enero, son los acontecimientos mas desgraciados para un mortal como el General Bolivar. Si la posesion de Bolivia era una de las bases mas sólidas en que estribaba la realizacion de sus proyectos, la permanencia del General Sucre, como presidente en ella, era el fundamento de sus grandiosas esperanzas. De modo que sin Bolivia, sin el General Sucre, y sin la division 3.<sup>a</sup> en el Perú, están ya heridos mortalmente la ambicion y el despotismo. Al fin el General Sucre, mas brevemente arrepentido, como mas proximately escarmentado ha corrido presuroso á buscar, á las orillas del Cauca un rincon donde ocultar para siempre su verguenza. Allí tendrá mas tiempo de meditar á solas las terribles consecuencias que le ha acarreado haber sido el instrumento de la opresion de una República tan amiga, y uno de los móviles del estupendo escándalo que se ha dado al mundo. ¿Quien hubiera creido, que un soldado defensor de los derechos patrios, habia de ser jamas herido por ususpador de esos mismos sacrosantos derechos! ¡Oprobio de la naturaleza, baldon del genero humano! Este es el General Sucre que tiene que llevar consigo, á todas partes, esa ignominiosas cicatrices, como señales indelebles de su perfidia y su crueldad. Si algun dia le preguntan ¿en cual campo de batalla, y por cual causa salisteis tan herido? No podrá responder, apenas mas que en una plaza fué; en la que me erijí un tirano. (Se continuará.)

TAMBO GRANDE 1828:

Imprenta del Ejército administrada por José Molina.